

M A R G I N A L I A M O D E R N I S T A

---

HACE MAS de treinta años ya rompí una lanza en *La Gaceta Literaria* de Madrid, en defensa del Modernismo. El epígrafe de aquel artículo era el mismo que encabeza estas notas. La generación vanguardista y los críticos de sesgo izquierdista dieron en la flor de renegar y desdeñar el Modernismo, y no fueron pocos los ataques que contra él se lanzaron entre 1925 y 1935. Se le acusaba de ser un movimiento frívolo, afrancesado, proclive a lo exótico, extranjerizante y amanerado. Todavía se repiten estos cargos por mucha gente que sigue creyendo en el mito inventado por Rubén Darío en 1896, según el cual el Modernismo se inicia con *Azul...* en 1888 y se reduce a la modalidad rubendariana que *Azul...* y *Prosas Profanas* simbolizaron. Como el autor del fraude fue nada menos que Rubén Darío, nadie se atrevió a poner en tela de juicio la superchería hasta años recientes. En varias ocasiones durante la última década he tratado de enderezar este entuerto y no deseo volver sobre el tema aquí. En un libro titulado *José Martí. En el octogésimo aniversario de la iniciación modernista (1882-1962)*, recientemente publicado por el Ministerio de Educación de Venezuela, y en el ensayo "Aclaraciones en torno a la génesis del Modernismo", publicado en *Cuadernos*, de París, en la entrega número 75, creo que quedaron suficientemente dilucidados los varios infundios, errores y confusiones a que dio lugar la primacía que Darío se atribuyó. De aquella afirmación rubeniana de 1896, ratificada por el poeta en varias ocasiones posteriores, arrancan el desconcierto y los errores sobre el origen, carácter, iniciadores y momento en que apareció el movimiento, que han prevalecido durante medio siglo y se repiten todavía por inercia mental. Me remito, pues, a los dos estudios precitados. Aquí sólo me propongo glosar algunos estudios recientes atingentes al tema en su fase hispanoamericana.

Porque lo cierto es que no obstante los ataques y repudios de que ha sido objeto durante cuatro décadas, el Modernismo continúa siendo tema de interés creciente y materia preferida de investigadores y críticos. En torno a la obra de sus representantes más ilustres se han publicado en los últimos lustros los ensayos analíticos más serios y responsables de la historiografía literaria hispanoamericana. Hasta 1950, más o menos, Rubén Darío mantuvo una especie de monopolio del interés de críticos y profesores y, por consiguiente, de los estudios de más calibre, pero en los últimos diez o quince años los intérpretes más sagaces se han dado cuenta de que el Modernismo trasciende la obra y el genio de Rubén; que el movimiento lo antecedió y sobrevivió; que aquél fue un momento de gran virtualidad creadora que se caracteriza por su variedad y complejidad, por el anhelo de originalidad y superación artística de cada uno de sus componentes mayores; que presenta, en fin, tantas facetas, variantes y matices como prosistas y poetas de individualidad vigorosa formaron la cofradía. Pretender a estas alturas que el Modernismo nace con *Azul...* y muere con Rubén Darío en 1916, y querer limitarlo a la fase afrancesada, exótica y amanerada a que *Azul...* y *Prosas Profanas* dieron origen, equivale a desconocer totalmente lo que el movimiento representó —o empeño consciente en desnaturalizarlo y disminuirlo.

Algunos de los estudios más rigurosos, eruditos y responsables que en torno a los modernistas se han escrito permanecen inéditos y por ende ignorados. Me refiero a varias tesis doctorales realizadas en diversas universidades norteamericanas. Sólo un exiguo número de ellas se ha publicado; pero el día en que se den a luz las más valiosas entre las inéditas, Hispanoamérica se sorprenderá al ver que no pocos de los estudios más acuciosos y agotadores que sobre su literatura existen se han realizado en los Estados Unidos por jóvenes norteamericanos. Sería en extremo provechoso que las más meritorias tesis doctorales norteamericanas sobre nuestra literatura se publicaran, ya sea en inglés o traducidas al español. Con ellos se contribuiría a diafanizar los problemas que tratan y a la vez se evitaría el esfuerzo inútil de duplicar o repetir estudios ya hechos a cabalidad muchos de ellos, pero ignorados por los investigadores hispanoamericanos.

Empiezo por comentar el libro cuya lectura sugirió estas glosas: *El Modernismo. Notas de un curso (1953)*, por Juan Ramón Jiménez. México: Aguilar, 1962. La mayor parte del volumen se compone de las notas tomadas en las clases de Juan Ramón por su admirable y abnegada esposa, Zenobia Camprubí, complementadas con las notas de la señora Gloria Arjona de Muñoz Lee. Las tres últimas lecciones

fueron transcritas de una grabación en cinta magnetofónica que existe en la Sala Juan Ramón Jiménez en la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico donde Juan Ramón dictó el curso en 1953. El muy devoto amigo de los esposos Jiménez, Ricardo Gullón, y Eugenio Fernández Méndez, profesor de la citada Universidad, tuvieron a su cargo la ímproba tarea de ordenar y en muchos casos aclarar, corregir y anotar los textos. De Ricardo Gullón es la magnífica introducción en treinta páginas que precede a las lecciones de Juan Ramón.

Este preámbulo del profesor de la Universidad de Texas constituye un valioso aporte al estudio del Modernismo en su doble vertiente americana y española. En él se revela Gullón como crítico enterado y sagaz. Federico de Onís y Ricardo Gullón son probablemente los dos críticos españoles vivos que mejor conocen el Modernismo y más lúcidamente lo han enfocado. De ello es prueba irrefutable este prólogo que comento. En algún detalle intrascendente podría disentir de él quien esto escribe, pero son bagatelas que en nada amenguan ni deslucen el mérito muy subido de este ensayo que reputo lo más enjundioso y significativo del libro —dicho sea con todo respeto para Juan Ramón.

Juan Ramón era poeta y sólo poeta —en prosa y verso. Esto quiere decir que no era profesor ni crítico ni conferenciante ni expositor habitual, ni siquiera hombre ordenado y metódico. No escribió estas charlas ni preparó un esquema de ellas antes de dictarlas. Al comenzar la clase, no tenía idea clara y exacta de lo que iba a explicar. Improvisaba los temas a medida que hablaba. De ahí el carácter peculiarísimo de este libro y el tono conversacional que lo define. El orden y el método —si es posible emplear tales términos— los dicta la mera asociación de ideas. Por desdicha, no se tuvo la precaución de grabar todas estas pláticas en cinta magnetofónica ni se encargó a un estenógrafo que las tomara taquígraficamente. Y como ni Zenobia ni la señora de Muñoz Lee eran taquígrafas, sólo pudieron tomar la esencia de lo que Juan Ramón dijo. Por eso las clases o charlas publicadas —con excepción de las tres finales que fueron grabadas— son una especie de prontuario, apuntes o esquema de los temas desarrollados. Los motivos esenciales aparecen enunciados o aludidos, pero el lector debe intuir o adivinar lo que el poeta dijo sobre ellos. Huelga decir que tanto su esposa como la señora de Muñoz Lee realizaron un loable esfuerzo por captar los conceptos fundamentales emitidos por el disertante y por ello merecen nuestra gratitud. Gracias a ellas podemos enterarnos hoy de los temas que el poeta discutió.

Ya se apuntaron las razones de los muchos errores —unos de hecho

y otros de juicio— que en este libro descubre cualquier estudioso del Modernismo. La mayor parte de estas fallas hacen referencia al Modernismo americano. Ricardo Gullón pudo fácilmente rectificarlas al pie de página, pero la amistad y la admiración que al poeta lo vincularon lo cohibieron. No le llevemos a mal ni le censuremos esta lealtad que le honra. Creo, sin embargo, que en una nueva edición del libro deben corregirse los errores de mayor bulto. Nada pierde con ello ni en nada se amengua la gloria del poeta. Estas conferencias tuvieron un propósito didáctico y lo mismo el libro, y dada la admiración que Juan Ramón inspira se corre el riesgo de que ciertos conceptos equivocados hagan fortuna y se sigan repitiendo fallas críticas y errores que no deben prosperar. Nimbado de mercedísima gloria estaba el nombre de don Andrés Bello, y consagrada como máxima autoridad su *Gramática de la Lengua Castellana*. Sin embargo, el más eminente de sus admiradores, don Rufino José Cuervo, no titubeó en ponerle un riquísimo número de escolios que la enriquecieron y mejoraron. No creo, pues, cometer ningún desacato ni agravio a la gloria del poeta señalando algunos errores que sorprendí en el curso de la lectura a fin de contribuir a su rectificación en caso de que el libro alcance una segunda edición.

En varias páginas cita Juan Ramón incorrectamente el título del libro de Guillermo Díaz Plaja, *Modernismo frente a 98*. En varias ocasiones también se escribe equivocadamente el nombre homónimo de dos famosos poetas primos hermanos, ambos nacidos en Santiago de Cuba. El que escribió en francés usaba la preposición “de”: José María de Heredia; el cantor del Niágara, en cambio, jamás la empleó. (He encontrado esta confusión en varias bibliotecas de los Estados Unidos y otros países). Juan Ramón es inconsistente. Unas veces se la escatima al parnasiano, como en la p. 62, y otras se la añade al cubano. En la p. 67 dice que Rubén Darío “tropezó con los parnasianos” “a los veintitrés o veinticuatro años”. Fue a los veinte, en 1887, en la biblioteca de Pedro Balmaceda, en Santiago de Chile. Pasemos por alto la clasificación de Martí, Nájera, Silva y Casal como precursores de Darío, p. 69. Es error repetidísimo desde 1896 en que Rubén, muertos ya los cuatro, se proclamó iniciador del Modernismo con *Azul*... En la misma p. 69 afirma el disertante que Manuel Gutiérrez Nájera “viajó a Francia”. El pobre Nájera jamás salió de México y casi ni de la capital. En la p. 70 afirma que la madre de Martí era aragonesa; era canaria. En el mismo párrafo asevera que Martí “fue corresponsal literario en Europa para *La Nación*”. No en Europa sino en Nueva York. Martí no volvió a Europa después de 1882,

cuando empezó a colaborar en dicho periódico. A continuación, dice: "Al morir Martí (1895) le sucede como cronista internacional Rubén Darío". En varias ocasiones posteriores repite Juan Ramón el mismo concepto y aun dice que Martí lo recomendó para que lo sucediera en el diario argentino. La verdad histórica es que Darío comenzó a colaborar regularmente en *La Nación* en febrero de 1889, y el que lo recomendó al general Bartolomé Mitre, dueño del periódico, no fue Martí sino el chileno José Victorino Lastarria. Página 71: [Díaz Mirón] "murió en la cárcel". No, señor: tranquilito en su casa. Página 72: "Silva, Rubén se llenan de exotismo". Cierto por lo que a Darío respecta, pero no en cuanto a Silva. En la p. 76 y en otras posteriores se da como título a la crónica en que Rubén Darío imitó la técnica descriptiva de la que Martí rotuló "El Centenario de Calderón", "Muerte de Castelar". El título exacto es "El entierro de Castelar". Pero aun hay otro error aquí: Juan Ramón dice que la crónica de Darío es "parecidísima" a la de Martí sobre Whitman. No hay tal. La que Darío imita es la ya citada, "El Centenario de Calderón". Unas líneas más abajo hay un error histórico de bulto que es más piadoso no calificar. Se sugiere que Martí fue asesinado por la "traición de algún cabecilla" [cubano]. ¿De dónde sacaría Juan Ramón tan peregrina idea? En la p. 77, se afirma que la poesía de Díaz Mirón "aún antes de *Lascas*" es mística. Debió tenerla confundida con la de Gutiérrez Nájera o Nervo. El título correcto del libro de Leopoldo Lugones escrito bajo la influencia de Jules Laforgue es *Lunario sentimental*, no *La institución de la luna* (p. 86). En la misma página se afirma que Rodó era "muy borracho". Es posible, pero confieso que ignoraba tal inclinación dipsómana. En el mismo párrafo se clasifican como "poetas indigenistas" Lugones, Neruda, Pellicer y Díaz Mirón. Habría que ampliar —o cambiar— mucho la semántica del término 'indigenista' para admitir el aserto. María Eugenia Vaz Ferreira era hermana menor —dos años— de Carlos Vaz Ferreira, no hija, como se afirma en la p. 87. Delmira Agustini murió a los 28 años, no a los 24, como se dice en la misma página. La décima no es el metro o estrofa empleada por Hernández en el *Martín Fierro*, como se afirma en la p. 90, sino la sextina, entre otras formas. Escribo de memoria en un cuarto de hotel y sin libros de consulta a mano, pero si no ando muy trascordado, la primera línea del famoso soneto de Sor Juana reza así: "Detente, sombra de mi bien esquivo", no "Detente sombra del amor festivo" (p. 126). En la p. 132 hay una errata de imprenta probablemente. Donde Juan Ramón dice: "Pero si no fuera por la rima no habría diferencia entre el verso li-

bre y la prosa", debe leerse "ritmo". El verso libre carece de rima. En la p. 157 se repite dos veces que "los Machado habían leído a los simbolistas antes que Rubén". Esto es en extremo dudoso y habría que demostrarlo. Rubén entró en contacto con ellos entre 1890-1893. Antonio Machado no hizo oposición a la cátedra de francés a los 40 años (p. 160) sino a los 32. En la página siguiente y en varias otras se leen apreciaciones peyorativas sobre Antonio Machado que, más que a Machado, dañan a Juan Ramón por lo injustas, inexactas y apasionadas. El poema más extenso de Rubén Darío se titula "Canto a la Argentina", no "Oda" (p. 177). El título del primer libro de Lugones es *Las Montañas del Oro*, no "de Oro", como se repite muchas veces. "Juan Ramón dio a Rubén Darío libro [de] Baudelaire que éste no conocía", (p. 178). No sabemos a qué libro se refiere, pero es de presumir que se trata de *Las flores del mal* con el que Rubén estaba familiarizado mucho antes de conocer a Juan Ramón. En varias páginas reitera que Martí era amigo de Walt Whitman. No existe prueba ninguna de esto y es muy dudoso que alcanzara a conocerlo personalmente. En la p. 227 se lee: "Rubén Darío, lo sé por él mismo, lee, siendo mucho mayor que yo, cerca de veinte años, lee Verlaine después que yo, porque él lo que conocía eran los parnasianos. Como yo me fui a Francia cuando tenía diecinueve años, yo pude comprar en París los libros de los simbolistas..." Aquí le falla lamentablemente la memoria a Juan Ramón y le hace caer en errores graves. Rubén era sólo 14 años mayor que Juan Ramón —no "casi veinte". Juan Ramón no conoció a Verlaine hasta que fue a París en 1900, a los 19 años. (Había nacido en 1881). Ahora bien, Rubén estaba ya familiarizado con la obra de Verlaine en 1893, cuando lo conoció personalmente en París. En este mismo año le dedica uno de los artículos de la serie "los raros", y al morir Verlaine, en 1896, le consagra su famoso "Responso" que incluyó en *Prosas Profanas*, dado a luz en dicho año. "Cuando Rubén Darío había escrito *Azul...* ya los otros, Valencia, había escrito *Ritos...*" (p. 228). La cronología de Juan Ramón es poco rigurosa. *Azul...* apareció en 1888 y *Ritos* diez años más tarde, en 1898. En varias ocasiones, Juan Ramón insiste en que lo que define y caracteriza al Modernismo hispanoamericano es la influencia y la técnica parnasianas. Esto no es cierto. Los parnasianos influyeron a muchos poetas de acá, pero parnasianos más o menos puros hay muy pocos. Los que más se aproximaron a dicha forma fueron Valencia, en *Ritos*, Darío en *Prosas Profanas*, Casal en muchos poemas, Leopoldo Díaz, Díaz Mirón, etc. Pero a la inmensa mayoría de los modernistas hispanoamericanos no se les puede clasi-

ficar como parnasianos. Casi todos ellos eran demasiado líricos y hasta elegíacos para ser parnasianos. En la p. 231 sospecho que Juan Ramón confunde la edición que de *Ritos* hizo y prologó en Londres en 1914 don Baldomero Sanín Cano (la mejor que existe) con la que en Madrid publicó Rufino Blanco Fombona, que si mal no recuerdo carece de fecha, como casi todas las que el ariscado venezolano dio a luz en la Editorial América. Donde Juan Ramón dice "... por eso Martí viajó mucho por España, por Europa..." (p. 232); debe leerse Rubén Darío. En tres líneas de la p. 254 se deslizaron tres errores que deben enmendarse: "José María de Heredia [...] era primo de otro José María de Heredia, no Herediá, sino Heredia, primo hermano suyo, que vivió en Cuba toda su vida. Escribió un [sic] *Cantos al Niágara...*" Ni Heredia —el cubano— usaba la preposición "de" ni vivió más que unos cinco años en Cuba ni escribió tales *Cantos*. Sólo una oda que tituló "Niágara".

Tales son los errores de más bulto que he notado. Hay otros, pero de menor importancia. Me he detenido a señalarlos porque dada la gran significación del poeta podrían inducir al lector poco conocedor del tema a confusión y conclusiones falsas. La parte más valiosa de las conferencias es la que hace referencia al Modernismo español, por ser el que Juan Ramón conocía mejor. Los críticos españoles probablemente disientirán de muchos de los juicios del autor; pero cualesquiera que sean las fallas que le descubran, todavía habrá que agradecer a Juan Ramón estas charlas improvisadas, espontáneas, poco rigurosas y poco metódicas, pero abundantes en atisbos certeros, en juicios agudos, en detalles de información valiosísima.

El libro de Juan Ramón reproduce al final la introducción que Federico de Onís escribió para su *Antología* en 1934, y a continuación una selección de poemas españoles e hispanoamericanos en 61 páginas. De ella como de todas las antologías puede decirse con el Evangelio que no son todos los que están ni están todos los que son. Pero esto depende del gusto individual.

De carácter general son también otros dos libros recientemente aparecidos: *Conceptos fundamentales de literatura comparada. Iniciación de la poesía modernista*, por Bernardo Gicovate, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Asomante, 1962, y *Antología crítica del Modernismo hispanoamericano*, por Raúl Silva Castro, New York, Las Américas Publishing Co., 1963.

El señor Gicovate pertenece al grupo de jóvenes profesores norteamericanos especializados en el Modernismo. La primera parte de es-

te libro es de carácter teórico. El tono un poco ex cátedra que en él prevalece revela más que nada la juventud del autor. Diríase que es un ensayo más dogmático que docto, y esta proclividad lo induce a proferir juicios tajantes y enfáticos que no convalida con testimonios fehacientes o a exagerar hechos ciertos. De lo primero podría ser ejemplo, entre otros, la afirmación rotunda y reiterada de que Ricardo Palma y Juan Montalvo tuvieron influjo o ascendencia literaria sobre José Martí. Esta me parece una aseveración ardua de probar. Tanto Martí como Darío poseían una sensibilidad refinada que se contagiaba fácilmente —sobre todo en sus años formativos— al leer a escritores de calidad. En Martí se han señalado influencias momentáneas de Santa Teresa, Saavedra Fajardo, Quevedo, Gracián, la madre Castillo en una ocasión: Bécquer, Emerson, Carlyle y Whitman; pero dudo que Sarmiento, Palma y Montalvo hayan contribuido a desarrollar su estilo. Los leyó en la década del 80 cuando ya su personalidad estaba formada y su modalidad expresiva había madurado. Por otra parte, estimo que el autor exagera el influjo de Bécquer sobre los modernistas hispanoamericanos. Entre 1875 y 1895 lo leyeron muchos y su ascendiente sobre los incipientes bardos fue intenso y benéfico. Por eso hay que reconocerlo como uno de los precursores más eficaces; pero el contacto con otras literaturas —muy particularmente la francesa—; el limitado atuendo verbal y el endeble arsenal tropológico de Bécquer, y su proclividad sensiblera y romántica, hicieron que todos se desviarán de él tan pronto alcanzaron adultez literaria. El influjo de Bécquer fue provechoso para todos en su adolescencia poética, pero ninguno de los importantes lo convirtió en “guía” como en este libro se afirma.

Tampoco se comprende fácilmente la razón que tuvo el autor para elegir a Casal y Silva en el estudio de la iniciación modernista y preferir a Manuel Gutiérrez Nájera que los precedió en una década e influyó mucho más que los dos citados en el desarrollo del movimiento. La inclusión de Martí está plenamente justificada y lo mismo habría estado la de Gutiérrez Nájera. Ambos son los auténticos iniciadores del Modernismo —prosa y verso— en su doble orientación, aunque la prosa de Gutiérrez Nájera sea de distinta oriundez a la de Martí. Mientras la de éste es de raíz clásica española, la de Gutiérrez Nájera entronca con la francesa. Por eso inicia la corriente que va a culminar en *Azul . . .*, *Los Raros* y *Prosas Profanas* de Darío.

Mas, a pesar de los reparos señalados, el libro del señor Gicovate constituye un esfuerzo serio y un aporte valioso a la estimativa modernista.

Confieso que me desilusionó la *Antología* del señor Silva Castro, tanto la introducción como la selección de poemas que incluye. El autor es un reconocido erudito en literatura chilena y un investigador acucioso y competente de las actividades literarias y relaciones de Rubén Darío con la prensa y el ambiente de Chile entre 1886 y 1889. Por desdicha, en esta *Antología* y en la "Introducción" en treinta páginas que la precede, el autor se aventura en un campo muy amplio y complejo que él no ha explorado con la atención y celo con que estudió los dos precitados. De ahí los errores de enfoque y las fallas de apreciación crítica en que cae. De ahí también la lamentable selección de poemas que integran el libro. Esta "Introducción" no es un panorama crítico de la poesía modernista, como debió ser, ni siquiera un estudio de la obra poética de Rubén Darío, sino una ardorosa defensa del peor Rubén, del Rubén deslumbrado ante lo francés, del Rubén exótico, preciosista, que se jactaba de ser "decadente" y aun anhelaba escribir el francés. Es decir, del Rubén de 1888 a 1898 que dio origen al "rubendarismo", tan reiteradamente condenado por Martí, Paul Groussac y otros, y que hizo decir a José Enrique Rodó, ya en 1897, al remitir a Leopoldo Alas el folleto titulado *La vida nueva*:

Si no desconfiase de mis fuerzas para tal empresa, diría que el plan de esa colección se basa en el anhelo de *encauzar* el modernismo americano dentro de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo *Azul*... (V. "Fuentes", Montevideo, 1961, p. 69).

Del otro Darío, del de *Cantos de Vida y Esperanza*, tan distinto y tan superior al de la década citada, muy poco dice el señor Silva Castro. Diríase que para el autor el Modernismo se reduce al "rubendarismo". El señor Silva Castro enfoca el Modernismo desde el ángulo de aquel Rubén afrancesado, tan envejecido y caduco hoy, y le señala como fecha de iniciación y muerte las de la aparición de *Azul*... (1888) y la del óbito del autor (1916). Si tal cosa fuese el Modernismo, a nadie interesaría en nuestros días. Pero no deseo repetir en esta ocasión lo que en otras he dicho al respecto. Todo lo que aquí pudiera añadir para dilucidar la confusión y las fallas en la apreciación del tema que se observan en esta "Introducción" está ya publicado en el libro y en el artículo aludidos al principio de estas notas. A ellos remito al lector —otra vez.

En cuanto a la selección que integra la *Antología*, responde al criterio peculiarísimo que el autor tiene del Modernismo. Muy pobre concepto se formaría de la poesía modernista quien, desconociéndola, la juzgara sólo por la ristra de poemas que aquí se compilaron.

Desterrados de esta *Antología* quedaron muchísimos de los poemas más bellos y perdurables que los grandes modernistas escribieron y, en cambio, se les dio cabida a gran número de composiciones de segundo y tercer rango.

Por último, no se comprende el criterio que rigió la selección de los autores —cuarenta y tres en total. Entre ellos los hay de segunda y posiblemente de tercera categorías y, en cambio, se pretirieron otros de mucho mayor relieve que varios de los que el autor incluyó. Tales Delmira Agustini, Alvaro Armando Vassarier, José María Eguren, Rubén M. Campos, Rafael López, Regino E. Boti, Carlos Pío Urhbach —superior a su hermano Federico que aparece incluido—, Juana Borrero, muerta en plena adolescencia, tan admirada por Darío, Agustín Acosta, etc.

Pasando ahora de lo general a lo particular, quisiera indicar el cambio que desde hace más de diez o doce años se observa en el interés de los estudiosos del Modernismo. Como afirmó Federico de Onís en 1953, la personalidad literaria hispana que más ha crecido en los últimos setenta años es José Martí, y auguraba don Federico que seguiría creciendo. La profecía se está cumpliendo al pie de la letra. Mientras Rubén Darío es cada día más un gran valor histórico ya embalsamado en el panteón de los clásicos de nuestra lengua, Martí deviene más actual cada día y más vivo, que hace setenta años. Su ideología, su ética, su teoría literaria, su visión de América y su actitud social están vigentes, y tienen un eco y una influencia en estos momentos más intensos y extensos que en la década del ochenta. Martí es nuestro gran mentor y orientador americano en estos días dramáticos que el mundo vive. A pesar de la ingente bibliografía que sobre él existe, es ahora cuando empieza a estudiársele seriamente y a descubrirse la hondura de su mensaje y la virtualidad creadora, refinada e insenesciente, de su poética, ignorada hasta hace poco.

El otro valor modernista que hoy se estudia con interés es Manuel Gutiérrez Nájera. Nájera no era un genio como Martí ni alcanza la talla de un Darío o un Lugones como artista de la palabra. Pero fue un prosista de fina sensibilidad y un poeta elegíaco de calidad. En la corriente afrancesada del modernismo, en la introducción en nuestra lengua de la flexibilidad, la gracia, el colorido y la proclividad al ambiente parisiense y a los temas galos, fue un iniciador que se le adelantó a Rubén Darío en unos seis u ocho años y lo influyó, como reiteradamente asevera Juan Ramón Jiménez en el libro antes comentado. En los *Cuentos Frágiles* (1883), y en otras narraciones líricas y poemáticas publicadas por Gutiérrez Nájera entre 1880 y 1886 encon-

tró Rubén temas y formas que luego desarrollará él con mayor plasticidad en *Azul...*, pero ni los inventa ni los inicia en español. El iniciador de esta variante estilística de filiación gálica fue Gutiérrez Nájera. Ahora que por fin se están publicando en México sus obras completas en edición pulcra y comentada por Ernesto Mejía Sánchez podremos tener idea cabal del alado prosista y podrá estudiársele concienzudamente. Ya se está haciendo, aunque hasta el presente la aparición de los primeros volúmenes no ha producido ningún estudio de tamaño mayor.

El que sí lo está inspirando de gran calidad es Martí. Sería en extremo interesante poder reseñar aquí los estudios de más calibre que en torno a la personalidad de Martí se han publicado en la última década, es decir, a partir de la conmemoración del centenario en 1953. Durante estos diez años Martí ha alcanzado prestigio y resonancia universales. Se le ha traducido a muchas lenguas y ha sido tema de estudios serios en diversos países. En 1956 se publicó en Moscú una excelente antología titulada *Obras selectas*, en 311 páginas, en la que se tradujeron muchos de los ensayos y poemas de rango del Apóstol. En ella colaboraron diecinueve escritores y poetas soviéticos. La selección va precedida de un prólogo crítico de V. C. Stolbov en veinticuatro páginas y seguida de otras nueve de valiosas notas aclaratorias por el dicho Stolbov y V. I. Ermolaev. Y, dato significativo: de esta magnífica antología se hizo una edición de 90.000 ejemplares que se agotaron completamente en dos meses. Luego se han publicado similares antologías en chino, en polaco, en checoslovaco y otras lenguas. En la Universidad de Moscú se había escrito y publicado por lo menos una tesis sobre Martí en 1956. En el momento actual sé que se escriben también sendas tesis doctorales en Alemania y Francia (en la Sorbona) y una de licenciado en la Universidad de Burdeos. Con la que en la Sorbona prepara Mlle. Claude Huré estoy familiarizado y puedo asegurar que será una valiosísima aportación al estudio de la estilística martiana.

Pero debo poner puertas al campo y limitarme a lo más próximo y a lo que en nuestra lengua se ha escrito de mayor significación en los últimos dos o tres años. En Cuba, han aparecido dos libros de Juan Marinello que no tengo a mano y por eso no puedo comentarlos. Tengo entendido que se prepara allí una nueva edición de *Obras Completas* enriquecida con escritos de Martí desconocidos hasta ahora. Según mis noticias el primer volumen debía aparecer en 19 de mayo [1963] para conmemorar el aniversario de la muerte del Apóstol. Otra edición de *Obras Completas* comentada por eminentes mar-

tiólogos está ya muy avanzada y se espera que aparezca en México en no distante fecha. Y ya que de ediciones hablo, debo aludir aquí la que de sus *Versos* acaba de publicar en Nueva York el poeta Eugenio Florit, dada a luz por Las Américas Publishing Co., a fines de 1962. Hacía años que Eugenio Florit trabajaba en esta edición de los *Versos* de Martí. La que nos ha dado no es una edición crítica propiamente dicha, pero se le aproxima mucho. Florit era el hombre idóneo para realizar esta tarea porque a su íntimo conocimiento de Martí une su talento de crítico serio, riguroso y responsable, y su condición de extraordinario poeta. Por eso ha podido realizar la ímproba y necesaria labor restauradora de los textos martianos que en esta edición ha llevado a feliz término. Los textos del Apóstol —prosa y verso— han aparecido siempre maculados por infinitas erratas, cambios, supresiones y enmiendas. Florit ha procurado restablecer en esta edición la lección original que Martí escribió, pero como no se conocen los manuscritos del autor, ha tenido que valerse en algunas ocasiones de su propio juicio. En una serie de 74 notas explica Florit el criterio que lo ha guiado y las razones en que se apoya para llevar a cabo su tarea restauradora. Por eso resulta esta edición la más pulcra, correcta y fiel de cuantas se han hecho de los versos de Martí desde 1895. No se incluyen en ella todos los poemas que escribió el Apóstol, pero sí todo lo más valioso y acabado que nos dejó. La *Antología*, como Florit la llama, va precedida del penetrante estudio en 57 páginas que de la poesía martiana escribió el antologista en 1952 para conmemorar el centenario del nacimiento de Martí. Repitémoslo: esta es una edición modelo sin alcanzar la categoría de edición crítica. De ahí la deuda de gratitud que los amantes de Martí tenemos contraída con el ilustre profesor de Columbia University.

En los Estados Unidos, y en 1962 también, apareció uno de los libros más documentados que sobre Martí se han escrito en inglés: *José Martí: Cuban Patriot*, por el profesor Richard Butler Gray, University of Florida Press, en 307 páginas. Es un libro muy trabajado y hasta erudito. El autor es profesor de ciencias políticas y, por consiguiente, enfoca el tema desde un ángulo distinto al generalmente acostumbrado. Después de una excelente síntesis biográfica analiza de preferencia las ideas morales, políticas y sociales de Martí, y el influjo que ha tenido en la formación de la conciencia cubana. Es libro serio, meditado y trabajado con sentido de responsabilidad.

Diré de pasada que en varias universidades norteamericanas se han escrito ya una media docena de tesis doctorales que representan contribuciones serias al estudio del gran cubano. En este momento recuer-

do una hecha en Harvard, otra en Columbia University, una tercera en la Universidad de Minnesota, otra en Tulane University, otra en la Universidad de Kentucky y dos en la Universidad de California en Los Angeles, pero hay otras que en este instante no recuerdo. De las siete aludidas sólo dos se han publicado.

Por la importancia que tiene la contribución del joven norteamericano Iván A. Schulman a la bibliografía crítica del Modernismo, y sobre todo a la martiología, se le consagra aquí especial atención. El doctor Schulman es profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Washington, en Saint Louis, Missouri. Sólo un lustro de actividad profesoral cuenta este joven maestro y figura ya entre los más distinguidos críticos del Modernismo, a cuyo análisis ha contribuido con monografías tan documentadas y lúcidas como "Génesis del azul modernista", "Bécquer y Martí" (un penetrante ensayo de teoría literaria comparada); otro similar de estilística comparada es también "La estructura antitética en Martí y Casal", y, por último, su libro *Símbolo y color en la obra de José Martí* que, traducido al español, publicó la Editorial Gredos de Madrid en 1960, en la Biblioteca Románica-Hispánica que dirige Dámaso Alonso. Este magnífico esfuerzo analítico en 541 páginas, representa uno de los más logrados estudios técnicos que sobre ningún poeta o prosista hispanoamericano se haya escrito hasta ahora. Así lo ha reconocido unánimemente la crítica española tanto como la americana. El profesor Schulman fue asimismo colaborador en el libro *Esquema ideológico de José Martí*, publicado por la Editorial Cultura, de México, en 1961. De ahora en adelante será difícil trabajar sobre Martí prosista o poeta sin tomar en cuenta estos dos libros del doctor Schulman.

No por ser obra de quien esto escribe he de preterir de esta muy incompleta nómina de estudios martianos recientes los titulados *Antología crítica de José Martí* (México, Editorial Cultura, 1960), e *Indagaciones martianas*, dado a luz por la Universidad Central de las Villas, Cuba, en 1961.

Aunque inédito todavía no debo silenciar el estudio más extenso y documentado que hasta ahora se ha escrito sobre el Apóstol: *José Martí, Revolucionario*, por Ezequiel Martínez Estrada. El gran poeta y prosista argentino es un fervoroso martiófilo y pasó dos años en Cuba estudiando al Maestro y documentándose para escribir este *magnus opus* en tres nutridos volúmenes. Poco antes de abandonar yo Buenos Aires el pasado febrero regresó el maestro Martínez Estrada y tuve oportunidad de ver el manuscrito que tenía casi concluido ya. Puedo asegurar que este libro hará época en la estimativa martiana, y que

será exaltado por unos y negado por otros, como ocurre con casi todo lo que este formidable prosista escribe. Será algo vibrante y magnífico, apasionante y apasionado, bello y demoledor, contradictorio y épico, como todos sus libros en prosa.

En las prensas de la Universidad de Buenos Aires quedaba otro libro sobre Martí cuando yo abandoné aquella ciudad el pasado febrero. No lo he recibido todavía y por consiguiente no puedo comentarlo. Pero conociendo a la autora y siéndome familiares otros trabajos suyos anteriores a Martí consagrados, no dudo de que el que ahora imprime será una exégesis luminosa de la seráfica y genial personalidad del gran americano. Fryda Schultz de Mantovani es una de las mujeres de más talento y de más acrisolada cultura que en Hispanoamérica existen hoy. Es también una fervorosa martiana. Su ensayo sobre *La Edad de Oro* ha tenido profundo eco en varios países. Estoy seguro de que lo mismo ocurrirá con el libro aludido.

Río Piedras, Puerto Rico, junio de 1963.